

gado como Juan de la Cruz al Monte Carmelo. ¿Soy español o no? Préciome de serlo. Inútil soy, ¡poned a contribución esta pobre vida y veréis si la vida, pobre como es, no se quema en una pira por la defensa de su patria. Dispensad la digresión que no puedo dominarme cuando hablo de las grandezas de mi patria!"

A pesar de que defendió la unidad católica y combatió la libertad de cultos con la misma energía que sus compañeros el cardenal Cuesta y el canónigo Manterola, conquistó la simpatía de sus adversarios. He conocido y tratado en los remotos días de mi juventud grandes oradores demócratas y republicanos de aquella asamblea y les oí contar que cuando Suñer y Capdevila en un arrebatado ridículo de impiedad negó la existencia de Dios, Monescillo se levantó y con acento tan firme como emocionado cogió el pectoral que pendía de su cuello y alzándolo dijo: "¡Cuando se niega a mi Dios, confieso y creo!" Y aquellas honrosas palabras merecieron el respeto hasta de los más descreídos.

En 1877 fué nombrado arzobispo de Valencia y en julio de 1892, por indicación del gran Pontífice León XIII, que estimaba sus excelsas cualidades, el Gobierno español le presentó para la Diócesis de Toledo. Ya en 1884 había sido elevado al Cardenalato.

Fué un excelso escritor dejando obras tan notables como el "Manual del Seminarista", "Sermones y panegíricos" y una serie de artículos sobre "Disciplina eclesiástica", que merecieron unánimes elogios. Gran latinista, me refirió mi inolvidable amigo el respetable sabio franciscano fray Patricio Panadero, rector de la iglesia de San Pedro in Montorio de Roma, que cuando Monescillo visitaba a León XIII, conversaban en el más elegante idioma latino.

Para concluir, quiero recordar lo que sobre tan culto y virtuoso prelado escribió el heterodoxo Francisco Cañamaque en su notable libro "Los oradores de 1869". Dice así al comenzar su semblanza: "Monescillo. Vino a defender la unidad católica; defendiéndola con talento, con elocuencia y marchóse a su Diócesis llevándose las simpatías personales de todo el mundo." Y más adelante añade que en su primer discurso decía: "Los prelados han agradecido las atenciones de la Comisión como han agradecido las atenciones de toda la Cámara y del Gobierno provisional. Jamás, lo declaro altamente, y con esto creo que contraigo méritos para que se me crea; nunca en los ocho años que llevo de Prelado he recibido tantas atenciones del poder como desde que se estableció el Gobierno provisional. ¿Os hasta esto, señores diputados? ¿Conocéis en mí la buena fe? Yo tengo el consuelo y además la satisfacción de que los señores de la Comisión han visto mi corazón en la mano. ¡Ojalá que lo vierais vosotros también!" Y Cañamaque comenta lo siguiente: "Esto es lo que se llama meterse al auditorio en el bolsillo, conquistarle, ganarle, seducirle. ¡Díjolo también con palabra tan dulce, tan cariñosa, tan elocuente! Parecía que el Congreso se había convertido en templo. Todos le escuchaban con agrado, con respeto, con veneración, sin duda. El, reposado y tranquilo, sonreía alguna vez para matar el último recelo. Suñer y Capdevila no cesaba de moverse en su asiento: como que le sorprendía un prelado tan sabio como Monescillo. Todas las miradas estaban fijadas en el sacerdote católico, todos los oídos atentos, todas las simpatías con él."

No se puede dar más elogio, ni más imparcial porque está prodigado por un librepensador de los más caracterizados y además que fué testigo presencial de aquellos memorables debates.

Toda la vida de tan preclaro cardenal fué un verdadero declive de talento, virtud, elocuencia y sabiduría.

Falleció en Toledo el 11 de agosto de 1897, después de una larga y dolorosa enfermedad, que soportó con cristiana resignación. Tres días antes de su muerte fué asesinado Cánovas, y al saberlo, ya con el habla perdida, pidió por señas recado de escribir y de su puño y letra redactó sendos telegramas de pésame a la viuda del ilustre fallecido y a la Reina Regente.

**Natalio Rivas.**

De la Real Academia de la Historia.